

CAPITULO LIII.

Toma de Coria por el emperador Alfonso VII. — Hazaña de Nuño Alfonso y su trágica muerte. — Casamiento del rey de Navarra con la hija del Emperador. — Sublevación de los moros españoles contra los Almoravides. — Venida de los Almohades á España. — Sitio y toma de Almería.

LA reciente concordia del monarca de Castilla con el rey de Navarra afectaba de una manera extraordinaria al Conde de Barcelona que quedaba solo para hacer frente á un enemigo resuelto y valiente.

Pero el disgusto que semejante nueva le causara debió quedar bastante atenuado con la renuncia que en aquel mismo año hicieron los grandes maestros de las órdenes del Sepulcro y Hospital de Jerusalem, de los derechos que por el testamento del rey de Aragón, el *Batallador*, tenían respecto á aquellos Estados.

Con harta prudencia obraron en este asunto, pues no se les podía oscurecer lo poco dispuestos que se hallaban tanto los aragoneses y navarros, como los castellanos en acceder á la realización de aquel documento, mas religioso que político.

Únicamente los caballeros del Temple se mostraron poco dispuestos á ceder á pesar del ejemplo que les dieran los de las indicadas Órdenes, mas lo que la prudencia no alcanzó, obtúvolo el buen tacto y discreción del Conde de Barcelona y príncipe de Aragón.

El mismo les facilitó el camino, obligándoles con su proceder á que hicieran la apetecida renuncia, pues estableciendo mas adelante la orden del Temple en los Estados aragoneses, y dando á los caballeros los castillos de Monzon, Moncayo, Chalamera, Barberá, Remolins y Corbins, con otras tierras y derechos, adquirieran estos una propiedad bastante crecida y segura, en cambio de un derecho que ni estaba reconocido, ni era posible sostener.

Mientras tanto continuaba sin tregua la guerra que el castellano sostenía contra los musulmanes.

Repetidas eran las talas, correrías y algaras que respectivamente hacían ambos contendientes, y aun cuando en estos combates los resultados eran, ora prósperos, ora adversos, ni los unos tenían una importancia grande, ni los otros afectaban de un modo notable al vencido.

El único suceso digno de notarse en este período fue la toma de Coria verificada por el Emperador en 1142 después de haber dado tiempo á sus contrarios para que llamaran en su auxilio á los emires de Córdoba y Sevilla, y aun al mismo Emperador de Marruecos, sin que ninguno acudiese á su demanda.

Las crónicas antiguas y especialmente la de Sandoval, se deshacen en elogios, por estos tiempos, respecto á un noble castellano llamado Nuño Alfonso á quien el citado historiador llega á comparar con Judas Macabeo.

Confiada á su cuidado la custodia del fuerte castillo de Mora, fuese por impremeditación, descuido ó falta de elementos para defenderle, apoderáronse de él los musulmanes. El buen castellano creyóse deshonrado por esto, é hizo propósito de no presentarse ante el Emperador hasta que por medio de grandes hazañas, quedase completamente lavada su falta.

Consecuente con este propósito, emprendió, seguido de algunos caballeros, sus amigos y deudos, una guerra sin tregua contra los infieles consiguiendo infundirles un terror extraordinario, y mereciendo por esta serie de hazañas que el Emperador le nombrara segundo alcaide de Toledo.

Queriendo corresponder á tan señalado favor penetró seguido de un corto número de valientes por las tierras de los infieles, llegando cerca de los muros de Córdoba.

Alentados con la escasez de sus soldados atacáronle con fuerzas muy superiores los emires de Córdoba y Sevilla, pero de tal modo supo obrar el capitán castellano que no solamente desbarató las unidas fuerzas de sus contrarios, sino que perecieron tambien los dos caudillos que las mandaban.

Orgullosos con su triunfo se dirigió á Toledo llevando como preciados trofeos las cabezas de los dos emires además del riquísimo botín adquirido en sus correrías, y la misma Emperatriz fué á recibirle en la catedral donde se dirigieron los vencedores á su entrada en la ciudad.

Pero tan valiente caballero no pudo por mucho tiempo continuar aquella serie de hazañas que tan alto renombre le dieran.

Al año siguiente dióle orden el Emperador para que en unión de Martín Fernandez fuera á impedir las obras de fortificación que los infieles estaban haciendo en el castillo de Mora.

Salió inmediatamente contra ellos el alcaide de Calatrava y empuñada la pelea, llevaron la peor parte los castellanos, viéndose obligado Martín Fernandez á recogerse en el castillo de Piedra negra, y Nuño con algunos de sus soldados á una altura denominada Peña del Ciervo.

Cercáronle los infieles, y á pesar de su heroica resistencia fue muerto á saetas después que ya habían sucumbido todos sus compañeros.

El alcaide de Calatrava hizole cortar la cabeza, el brazo y la pierna derecha, enviando estos sangrientos despojos á las esposas de los dos emires muertos el año anterior por el capitán toledano.

Tanto afectó al Emperador semejante acontecimiento que ordenó la suspensión de la campaña por aquel año, aun cuando se siguieron haciendo los aprestos necesarios para el siguiente.

Como consecuencia del pacto ajustado en las riberas del Ebro entre D. Alfonso VII y D. García de Navarra del cual ya nos

hemos ocupado, vino este á Castilla viudo de su primera esposa D.^a Margelina, á casarse con una hija bastarda del Emperador llamada D.^a Urraca, á la cual hubo de una noble dama asturiana nombrada D.^a Gontroda.

Con gran lujo se celebraron las bodas en Leon por el mes de julio de 1144, no faltando ninguno de los magnates de los dos reinos, haciéndose grandes festejos que duraron algunos dias, dirigiéndose después el navarro acompañado de su esposa hácia sus Estados.

Por este tiempo, los Estados musulmanes estaban sufriendo una de aquellas revoluciones á las cuales tan expuestos se hallaron desde la caída del imperio omniada.

Los almoravides tolerados pero no queridos por los antiguos árabes andaluces, habían llegado á hacerse odiosos, puesto que los veían obrar como dominadores apoderándose de todo, maltratándoles y sin enviarles de Africa los socorros que necesitaban para contrarrestar, las cada vez mas pujantes, armas cristianas.

Estalló por fin el comprimido furor y pronto Aben Gania caudillo almoravide, se encontró con que Córdoba se le había sublevado, eligiendo por emir á Abu-Giafar-Hamdain, y que Valencia y Murcia y otras ciudades de Andalucía proclamaban emir á Safad Dola, el antiguo emir de Zaragoza que era vasallo del monarca de Castilla.

El nuevo emir valenciano al verse en aquel puesto despidió á la hueste castellana que mandaba, sospechando que ya podía sostenerse sin auxiliar alguno; pero los cristianos irritados por semejante abandono fueron á poner sitio á Játiva, y tropezando en el camino con Safad-Dola que iba al frente de sus nuevos soldados, atacáronle denodadamente, vencieronle y el mismo sucumbió tambien en la pelea.

Mal parados iban los almoravides en España sin que fuere tampoco mejor su suerte en Africa, pues Abdelmumen jefe de los almohades, les arrebató grandes poblaciones, apoderándose finalmente de Fez.

Los insurrectos musulmanes del Algarbe, invitaron al jefe de los almohades á que acudiese en su auxilio, ofreciéndole su ayuda para apoderarse de Andalucía, y aun cuando no vino por entonces, envióles uno de sus mejores caudillos con un escogido cuerpo de tropas.

Desembarcaron los almohades cerca de Algeciras y bien pronto estuvieron en su poder Tarifa, Jerez, Sevilla y otras ciudades de importancia, en vista de lo cual, Aben Gania solicitó el amparo de Alfonso de Castilla, y dándosele este, recobró á Baeza y fué á poner sitio á Córdoba, de la cual se apoderaron los cristianos y almoravides.

Dícese que los castellanos para vengar las profanaciones que en otro tiempo sufrieron los soldados de Almanzor en la basílica de Compostela, hicieron caballeriza del patio de la grande Aljama ó mezquita de Córdoba pisoteando el ejemplar del Corán, que escrito por la propia mano del califa Othman, trajo de Oriente Abderrahman I.

No permanecieron mucho tiempo los cristianos en la ciudad por temor á los almohades que se aproximaban y saliendo de allí siguieron aprovechándose ventajosamente de la descomposición y de la guerra que entre sí se hacían los musulmanes.

Merced á semejante estado, reunió el emperador una poderosa hueste y auxiliado por las repúblicas de Pisa y Génova y por el rey de Navarra, condes de Barcelona, Provenza y Urgel, fué á poner cerco á Almería, importantísima plaza segun ya manifestamos en otro lugar.

Lo mismo aquellas repúblicas que el navarro y los condes de Barcelona, Provenza y Urgel, comprendieron todo el fruto que podían sacar de una expedición semejante, y sus aprestos estuvieron en relacion con el partido que esperaban obtener.

Las escuadras italianas se unieron á la de Cataluña, y bajo el mando del Conde de Barcelona y príncipe de Aragón, fueron á cruzar las aguas de Almería, cercándola de tal modo, que segun las crónicas árabes, «solamente las águilas podían penetrar en la plaza.»

D. García de Navarra y Armengol de Urgel, mandando sus respectivas huestes combatíanla por tierra, y unidos á D. Fernando, señor de Limia, que mandaba á los gallegos, á D. Pedro Alfonso que acaudillaba á los asturianos, á los extremeños, á los leoneses, á los toledanos y á los castellanos, mandados respectivamente por Ramiro Florez de Guzman, por el conde Ponce, Alvaro Rodriguez y Gutierrez Fernandez de Castro, hicieron terriblemente crítica la situación de los almerienses.

El Emperador tenía el mando superior de todo el ejército. Tres meses de obstinado cerco y de combates continuos pusieron finalmente á la ciudad en el estado de rendirse, lo que tuvo lugar en 17 de octubre de 1147.

Dividióse el botín adquirido en la opulenta población entre los aliados, siendo fama que los genoveses se contentaron con un plato de esmeralda que había, y el conde Ramon se llevó á Barcelona las puertas de Almería que colocó en el antiguo portal de Santa Eulalia.



D. ALFONSO VII, EMPERADOR.

CAPITULO LIV.

Toma de Tortosa por el conde Ramon Berenguer IV.—Célebre tratado de paz entre el Conde de Barcelona y D. García de Navarra.— Muerte de este monarca.—Sus consecuencias.—Enlaces de varios principes.—Testamento de D.^a Petronila, esposa de Ramon Berenguer IV.—Derrota de los Almohades cerca de Almería.—Muerte del emperador D. Alfonso VII.

Poco antes de acudir el conde de Barcelona á la toma de Almería habia celebrado un tratado con los genoveses, por el cual estos habian de ayudarle en sus empresas marítimas y así fue que al regresar á sus estados, empezó á ocuparse en los preparativos para la conquista de Tortosa que tanto ambicionaba.

El papa Eugenio III habíale dado una bula por la cual se concedía todas las gracias y privilegios de cruzada á los que concurriesen á tamaña empresa, y merced á esto, además de las naves con que le auxilió Génova, viéronse militar bajo las banderas de Aragón y Cataluña una porción de caballeros italianos y provenzales, acudiendo tambien los prebostes de Tarragona y Barcelona.

Importante por mas de un concepto era la plaza de Tortosa y en su posesion ponía gran empeño Ramon Berenguer, pues era el mas temible baluarte que los infieles tenían en aquella comarca; así fue que, hechos los preparativos, emprendieron el camino de aquella ciudad, con el mayor entusiasmo.

Poco despues estaba circunvalada Tortosa tanto por mar como por tierra, y desde los primeros momentos comenzó á ser combatida con toda clase de ingenios y máquinas.

Pidieron los sitiados una tregua de cuarenta dias para obtener los refuerzos que habian pedido á Valencia, pero estos no llegaron y la plaza, sin poder resistir mas tiempo, se vió obligada á rendirse en el mes de diciembre de 1148, ondeando el estandarte cristiano en lo alto de la Zuda despues de tantos años que tremolara la enseña musulmana.

El conde de Barcelona agregó á sus títulos el de marqués de Tortosa y los genoveses percibieron en remuneracion de sus servicios, un tercio de la ciudad, y otro D. Guillen Ramon de Moncada senescal de Cataluña que habia hecho grandes sacrificios en aquella empresa.

Y no se detuvo en esto el belicoso afán de el barcelonés. Inmediatamente púsose en camino al frente de sus soldados, y Lérida y Fraga, aterradas ya por la suerte de Tortosa, vieron ante sus murallas las banderas cristianas y tanto una como otra poblacion no tuvieron mas remedio que rendirse á su poderoso sitiador, el cual dió cartas-pueblas á ambas poblaciones en 1149.

Tanto como entusiasmo y placer nos causa el relato de estas nobles empresas, tiénelo de desagradable el haber de referir un hecho que menoscaba la dignidad de dos insignes principes, á quienes quisieramos ver rodeados siempre de una auréola de gloriosas acciones.

Mientras el conde se ocupaba de la rendicion de las plazas mencionadas, el rey de Navarra que no cejaba jamás en sus propósitos de perjudicar al aragonés, entróse por sus estados causándole perjuicios de consideracion.

Ramon Berenguer que conocia lo que verdaderamente valia su adversario y que por lo tanto deseaba aplacarle, empezó las negociaciones de paz, accediendo por fin á la condicion que el navarro le imponia, que era la de que el conde diese la mano de esposo á su hija D.^a Blanca.

Debe tenerse en cuenta que la hija del navarro estaba solemnemente prometida al heredero del trono de Castilla y que el conde Ramon Berenguer estaba desposado con la infanta D.^a Petronila de Aragon.

Pues á pesar de esto, en 1.^o de julio de 1149, los dos soberanos firmaron un tratado de paz bajo aquella base, en el cual iban incluidos los capitulos matrimoniales del conde con la hija del rey de Navarra (1).

Verdad es, que la buena fe con que este contrato se hizo quedó demostrada bien pronto, pues el conde de Barcelona que deseaba solamente librarse de un enemigo que le acosaba, tan luego lo hubo conseguido, fué á unirse con D.^a Petronila.

Es decir, que no solamente faltó firmando aquel tratado, si que despues agravó doblemente su falta no cumpliendo un compromiso tan solemnemente contraido.

Mas como habrá podido observarse las faltas de fe y el incumplimiento de sagradas promesas, eran moneda sobrada corriente entre los soberanos de aquellos tiempos y como todos adolecian del mismo mal, no podian reprocharse ninguno, actos de esta especie.

Duélenos haber de consignar semejantes hechos, pero narradores imparciales, ni podemos desfigurarlos, ni debemos omitirlos.

A la par que los principes cristianos iban engrandeciéndose á costa de los infieles, estos proseguian cada vez con mayor encarnizamiento sus terribles luchas, merced á las cuales los almohades se apoderaron de Córdoba, donde todavía hallaron el ejemplar del Coran que los soldados de Alfonso VII vieran cuando entraron en la ciudad.

Aben-Gania, el caudillo almorávide que en otra ocasion vimos pedir auxilios al monarca castellano, recurrió nuevamente á este y Alfonso le envió un cuerpo auxiliar, ayudado por el cual se sostuvo algun tiempo, hasta que finalmente en un encuentro que tuvo en tierras de Granada con sus enemigos, quedó completamente derrotado, perdiendo la vida en la pelea y sucumbiendo con él la dominacion de los almorávides en España.

(1) Archivo de la Corona de Aragon. Perg. núm. 211.

El arreglo de varios negocios eclesiásticos que hizo necesaria la convocacion del concilio de Palencia en 1148, impidió al emperador sacar todo el partido que hubiese podido de su famosa posesion de Almería, prosiguiendo la guerra contra el infiel y en el año inmediato, el fallecimiento de la emperatriz D.^a Berenguela, no solamente impidió la prosecucion de nuevas campañas, si que llenó de luto el corazón de su esposo y de desconsuelo á toda la nacion.

A consecuencia de esto, el emperador declaró á sus dos hijos Sancho y Fernando, herederos de sus reinos, dividiéndolos entre ambos, sin tener en cuenta los funestos resultados que en épocas anteriores tuvieron semejantes divisiones.

La muerte del rey D. García de Navarra, ocurrida en el año de 1150, hizo despertar las antiguas aspiraciones, tanto del monarca castellano cuanto del aragonés y así fue que inmediatamente celebraron una entrevista en Tudela, en la cual acordaron de nuevo repartirse la Navarra y cuantas provincias poseian aun los moros, para cuando llegasen á conquistarlas.

En el convenio celebrado con este motivo, hay una cláusula notable por mas de un concepto y que corrobora lo que en otro lugar dijimos acerca de lo en poco que tenían aquellos monarcas las obligaciones contraidas. Segun ella, el emperador ofrecia al barcelonés, que desde el dia de S. Miguel en adelante, su hijo D. Sancho tendria consigo á D.^a Blanca, la hija del rey de Navarra, pero que esto no sería óvico para que la dejase cuando al conde de Barcelona le conviniera, apartándose de ella para no volverse á reunir jamás, ofreciendo cumplir esto mismo el príncipe D. Sancho.

El matrimonio de este con aquella se verificó en Calahorra en 1151 y en este mismo año tambien se concertó el del emperador con D.^a Rica, hija del rey de Polonia, Ladislao, la cual llegó á Castilla al siguiente año, recibíendola D. Alfonso en Valladolid.

Tambien se concertaron los matrimonios de las dos hijas del monarca de Castilla D.^a Sancha y D.^a Constanza con el rey Sancho de Navarra y con Luis VII, el Joven, rey de Francia.

Como se ve, el tratado hecho entre el aragonés y el castellano para despojar al navarro de sus dominios no obstruía para que aquel le diese á su hija por esposa.

¡Extrañas costumbres y mas extraños tiempos en que sobre el deleznable cimiento de la conveniencia se apoyaba la suerte de un pueblo y la paz y la ventura del hogar doméstico!

El concertado matrimonio de la hija de D. Alfonso con el rey de Francia produjo la venida de este á Castilla, pues habiendo circulado por aquel país rumores desfavorables, tanto respecto á la legitimidad de la princesa, cuanto á la grandeza y poderío de su padre, quiso el monarca francés informarse personalmente de lo que habia sobre el particular, bajo el pretexto de hacer una romería á Santiago de Compostela.

D. Alfonso que sospechaba el verdadero móvil de aquel viaje, acompañó á su futuro yerno desde Leon á Santiago y á su regreso detuviéronse en Toledo donde el monarca castellano habia reunido á todos los soberanos sus tributarios, siendo tal y tan lucido el cortejo de todos ellos y el esplendor de aquella corte, que el monarca francés no pudo menos de confesar que no habia visto nada semejante y que dudaba hubiese otra corte igual en el mundo.

Con esto y con la seguridad de la legitimidad de la princesa, tornóse á Francia satisfecho y orgulloso con la esposa que eligiera.

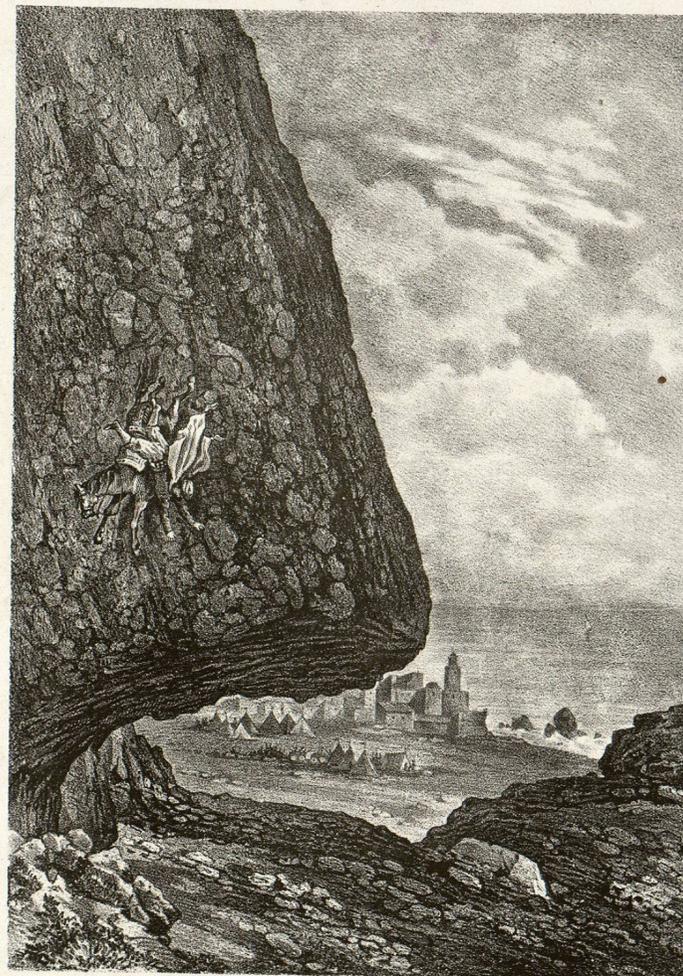
Todavía hubo nuevos matrimonios en este tiempo. D.^a Petronila de Aragon habia dado á luz al año de casada, un hijo y poco antes de que llegára este trance hizo su testamento notable por mas de un concepto. En virtud de él daba al ser que llevaba en el seno, si era varon todo el reino de Aragon tal como le poseyera su tío el rey D. Alfonso I aun cuando dejando el usufructo y administración de él á su esposo mientras viviese. Si el padre sobrevivía al hijo quedaba dueño absoluto del reino, mas si era hembra, en este caso solamente encargaba á su padre que la casara convenientemente.

Aquí se ve ya la exclusion de las hembras para la sucesion de la corona, hecha precisamente por una que la habia heredado.

Hijo, fue el ser que dió á luz D.^a Petronila, al cual se le puso el nombre de Ramon que mas tarde trocó por el de Alfonso, y quedó concertado en la época á que nos referimos que era el año de 1156, su matrimonio con la infanta D.^a Sancha, hija del emperador y de su esposa D.^a Rica.

Cuando se hallaba ocupado el castellano en este concierto, recibió la noticia de que Abdelmumen habia enviado desde Africa una hueste numerosa para tratar de rescatar á Almería.

Inmediatamente se puso al frente de sus tropas y sin detenerse ante la consideracion de la superioridad de fuerzas enemigas, atacólas denodadamente consiguiendo derrotarlas; pero esto no pudo evitar que Almería se rindiese al fin á Cid-Abu-Said, en 1157, pues habiendo enfermado gravemente el monarca, no pudo socorrer la ciudad y regresando hácia sus estados, aumentó de tal modo su enfermedad, que hubo de detenerse en el camino, en un sitio llamado Fresneda, cerca de Muradal, donde falleció el dia 21 de agosto de 1157, á los cincuenta y un años de edad.



MUERTE DE TACHFIN EMPERADOR DE MARRUECOS.